

## ENJAMBRE DE BALAS

José Raúl López Lemus\*

Es la quinta escaramuza en lo que va del día. Mi mamita y yo ocupamos el rincón más apartado de la casa y nos cubrimos con unas almohadas la cabeza. Las balas resuenan en el techo de zinc, como la lluvia en un día cualquiera, con un chis chas tenue y recurrente. Al otro lado de la pared de tierra se escuchan pisadas gruesas y jadeos. Los muchachos del barrio no han parado ni un momento de correr, parece como si jugaran a embestirse como los toros. Un perro ladra de manera lastimera cuando alguien lo pateo, luego aquel silencio que lo ahoga a uno por profundo. Lo difícil es no saber quién ha tomado ventaja, no poder asomarse a la ventana ni un instante y hacerse una idea. Mi mamita dice que una bala perdida es lo peor que puede pasarle a uno, te cae de dónde menos lo esperas y te hiende la cabeza. No necesitas más. Te sostienes un ratito erguida por la inercia y después... Toca tener paciencia entonces, esperar que *Los Vatos* del otro lado de la quebrada se replieguen, ya lo han hecho unas cuatro veces en lo que va del día. Los muchachos del barrio saben defender bien la plaza, sobre todo cuando hay un alijo de coca tan grande de por medio. Yo vi cuando lo descargaban. Vino una motocicleta enorme, de esas que te desalientan. Se bajó un individuo bajito de ella y se dirigió contorneándose hacia la esquina. Cargaba una mochila nueva que entusiasmó a los muchachos del barrio. Miré cómo se aupaban y se hacían señas obscenas. Conozco muy bien la cocaína y el efecto que produce en los muchachos, así que di por hecho de que muy pronto empezarían las hostilidades. Por la tarde ya se veían guardias armados en la esquina y una patrulla de la policía estuvo rondando un rato por la orilla de la quebrada. Las horas se volvieron infinitas y bruscas. Había rumores por todos lados, pero nadie sabía de dónde procedían. Mi mamita me mandó a comprar víveres para la cena, me pidió que me apresurara. No debía detenerme a hablar con nadie. Pero en el barrio uno no puede hacer eso, es una falta de respeto, nos conoce-

\* Escritor de Honduras nacido en San Pedro Sula.

mos todos desde que éramos unos chiquilines, como quiere. Se lo dije antes de salir, pero mi mamita gruñó ásperamente, que es lo que hace cuando se dispone a castigarme. El dueño de la tienda estaba nervioso, no me cobró todo el importe de la comida y hasta me dio unos gramos de queso de más. Mi mamita no permitió que regresara a devolverle la parte extra del dinero, dijo que aquel alijo nos había traído suerte y punto. Mi hermano vino más tarde y estoy segura de que le entregó un fajo de billetes para que lo escondiera. Mi hermano sabe trapichear con la coca, por eso tiene la espalda rajada y un bucle de pellejo en el cráneo producto de un rozón de bala. Ha caído en varias emboscadas que le han tendido *Los Vatos* del otro lado de la quebrada, pero al parecer tiene más vidas que un gato. Precisamente ese es el apodo que le han dado, incluso en un periódico cuando lo llevaron al hospital medio muerto, lo llamaron de esa manera. Yo ya no lo reconozco. A medida escapa de la muerte se convierte en otra cosa. Por ejemplo, su corazón no repica como el de la mayoría, lo he percibido mientras duerme la siesta. Su pecho da bandazos como el motor descompuesto de una motocicleta. También respira como un lagarto, con la boca abierta y el cuello empinado y duro. La verdad es que me aterra su presencia. Solo mi mamita sabe entenderse con él, a veces lo toma de la cabeza, se la aprieta, y lo mima con algo de ternura, es una escena patética, lo sé, puesto que está claro que mi hermano ya no es un chiquillo que requiera de esas demostraciones. A saber a cuántas personas ha matado, si hiciera caso de los cotilleos del barrio pudiera hacerme una idea, pero no, en el barrio se dicen muchas cosas feas y es mejor no pararles bola... Es preferible trancar los oídos a la maledicencia de la gente y seguir con nuestra vida de apariencias, fingir que no nos afecta que mi hermano sea el jefe de una organización peligrosa que tiene sometido al barrio por su crueldad. Mi mamita se ha puesto a respirar de forma desesperada en un momento dado, tal vez adivine que estoy pensando en las atrocidades de mi hermano. A ella sí que le afecta su actitud, es claro, ella lo parió y lo siente como una parte de sus entrañas todavía. A nadie le gusta tener las entrañas podridas o escuchar a la gente decir que ella es la principal responsable de sus crímenes. No lo atajó cuando pudo, cuando mi hermano tenía todavía la conciencia blandida. Lo dejó juntarse con gente de mala calaña, ir al garete por la vida, por eso ahora tiene que aguantarse. No hace nada con ponerse a sollozar, solo me pone más nerviosa. Veo que se quita la almohada de la cabeza y tira con rabia de su cabello, se golpea la frente con el puño. Su cara aparece tan descompuesta que es como si ya no fuera la suya. Tal vez se ha puesto la máscara que usa todos los días para salir a ventear por el barrio sin que le cause vergüenza la forma cómo la miran. De esta familia soy la única que trabaja en algo concreto, me parto todos los días los riñones enfrente de una máquina que silba en mis oídos como si se burlara. He tratado de ir al instituto y formarme en algo útil, que me saque

de este infierno, pero el problema son los horarios que nunca concuerdan. ¿Qué se va a hacer?, somos pobres y eso de alguna manera condiciona nuestra existencia. Vivimos en un sector tan anómalo de la ciudad de San Pedro Sula que lo único que podemos esperar que nos caigan encima son desgracias. Nuestra casa es el epicentro de todos los males del mundo, lo entiendo, tal vez porque está asentada en el camino de la cocaína, entre las madrigueras de las pandillas. Cada vez que hay enfrentamientos entre los distintos grupos criminales del sector, todo parece venir a concentrarse aquí cerca. Nos toca agazaparnos bajo la cama, cubrir las fisuras de las puertas con los viejos colchones y rogar para que ningún perdigón pueda atravesar las paredes. Mi mamita tiene un santo para cada ocasión, pero cuando escucha las detonaciones se encomienda a todos de una vez. Me da risa cómo los invoca, aunque es seguro que ellos desdeñan sus rogativas, no pueden ayudar a alguien que ha parido un ser tan despreciable como mi hermano. Y Dios está muy lejos de ella, sus palabras no pueden alcanzarlo, se lo he dicho muchas veces, sobre todo cuando me ha rebasado. En realidad, siento que ella no es mala del todo, pero ha vivido desquitiándose todos sus disgustos conmigo y, por eso, la odio con suficiente determinación. Cree que yo originé el rosario de penalidades que agobia a la familia de un tiempo a esta parte, que mi padre murió destripado por mi culpa. Cómo puedo explicarle. Mi padre se metió con gente peligrosa por su propio gusto, yo no lo pedí que me defendiera de nada. *El Pato*, que así le decían a mi antiguo novio, iba a hacer conmigo lo que quisiera, tarde o temprano, yo lo tenía ya asimilado, era mi destino. Ni siquiera mi hermano podía con él. Había estado preso, se había endurecido en la cárcel, por eso cuando mi padre lo apuñaleó, se dieron cuenta de que sus entrañas estaban revestidas de arena. Se murió de prisa, de un tirón, la arena lo ahogó; pero delegó en sus compinches la venganza. Mi padre anduvo huyendo y luego se confió a las autoridades, creía que con ellos estaría seguro. Tuvo un final horrible, yo no quiero ni imaginármelo. Y no contentos con eso, fueron al cementerio y desenterraron sus despojos. Los quemaron o se los dieron a los animales, no querían que descansara en paz. Mi mamita me reprocha eso cuando puede, sobre todo cuando se pone triste, que son los días en que se acuerda de él. Tiene reservada una cara de desprecio para enfrentarse conmigo entonces. Amusga los ojos y suelta las palabrotas, no se puede detener, es seguro. Su rabia es dolorosa, como si unas gotitas de ácido brincaran en su paladar y le quemaran. La aguanto porque es la única persona con la que cuento, ella me mantiene atada a un lugar, a unos afectos, impide que me degrade del todo. Hace rato que la oigo quejarse, que me fijo que su cara ha ido pasando de un estado a otro, como si quisiera demostrar que no se halla contenta de estar escondiéndose en este agujero. Pero quién va a encontrarse a gusto en una casa tan desvencijada cómo la nuestra, en un barrio tan soso y

desprolijo. Nos ha tocado lo peor de lo peor, prácticamente hemos sido desterrados de la ciudad, sobrevivimos a duras penas en el límite. El patio colinda con la quebrada, que es más un barrizal que otra cosa. Los matojos alcanzan hasta la única ventana que tenemos y arrastran sus espigas hasta el interior, las paredes parecen estar integradas a la naturaleza o a los montones de basura que arrastra la quebrada... Se oyen gritos y ordenanzas afuera. Mi hermano, con otros dos compinches de experiencia, ha de ocupar la zanja que la lluvia ha formado enfrente del portón de la casa, mientras un grupo de cinco chavales cubren los espacios entre las covachas, en ambos extremos de la calle. Los más jóvenes han de andar patrullando los huecos que los desprendimientos de tierra abren entre la vegetación. Deben ser precavidos en todo, un descuido podría acabar con su dominio de la zona. Las consecuencias serían nefastas para el barrio. Vendría gente de otros sectores a afincarse en él y los expendedores de coca de la ciudad inundarían la orilla de la quebrada con sus cochinas. A nadie le conviene eso, ni siquiera a mi mamita que no entiende el origen de las escaramuzas. Ha soltado un bostezo amplio que le ha estirado la cara, parece maldecir a una figura desconocida que ocupa un sector oscuro de la habitación. Mi mamita ve cosas que los demás ignoramos, es seguro, por eso se espabila asustada y se retrepa en la cama. Lo hace con tanta soltura que me parece que su cuerpo ha expulsado una buena cantidad de años. Allí se queda, tensa, en una postura inusual. Las detonaciones se escuchan más lejos, pero allí estriba precisamente el peligro. Cuando *Los Vatos* reculan, lanzan andanadas de tiros, sin orden ni concierto, ya no les importa a quién alcanzan. Procuran producir el mayor daño posible en el barrio, es su forma de desquite. Hay que estar preparados para bajar la cabeza y embutirla en el suelo. A mi mamita eso no parece importarle ahora, ella que ha sido siempre tan precavida. Miro cómo estira y encoge los pies, cómo se lleva ambas manos al abdomen y levanta el torso con desesperación. Su voz es un gorjeo sin sentido. Seguro que está hablando a sus santos, que se disculpa con Dios por el accionar de su hijo. Hay algo crispado en su cuerpo que me desconcierta. Si tuviera un poquito de valor me levantaría e iría a acurrucarme a su lado, le perdonaría la mala vida que me ha dado, pero las balas han seguido resonando en el techo, como un enjambre de abejas agitado y eso me paraliza. No quiero terminar como mi amiga Suyapa que una bala le torció la columna por no esperarse a que terminara del todo una refriega. Salió a informarse antes de tiempo. De ser una chica avispada y alegre terminó convertida en un atado de rencor. Cruzaba el barrio en su silla de ruedas soltando a todos su mala leche, sobre todo, culpaba a mi familia de su suerte. Mi mamita y yo no tuvimos valor para asistir a su funeral, se ahorcó en las vigas de su casa, pero aun colgando de la cuerda se acordó de maldecirnos. Lástima, porque yo la quería mucho, fuimos a la escuela juntas y nos acostamos con los

---

mismos muchachos. Tenía mucho carisma. De alguna manera me recordaba a mi padre, su forma de ver la vida. Es seguro que mi mamita no la quería, era muy despierta para su mentalidad anticuada. La llamaba de miles de maneras, me castigaba por invitarla a salir. Nos veíamos a escondidas, a veces... Por fin se ha detenido toda la acción allá afuera, lo sé, ya no hay ruidos, ni cornadas que venga a importunarnos. La noche se vuelve infinita, nos cocea por todas partes. Siento que la casa se ha hundido en el terreno, que una tristeza distinta se ha instalado entre las paredes. Tengo las extremidades entumidas y me cuesta enfocar la vista. Mi mamita se ha quedado también quieta. Algo escapa de su interior a cuentagotas, pero ya no se queja ni nada. Se ha arrellanado en la cama y respira con dificultad. El colchón ha formado un hueco alrededor de ella y la aleja de mí. No me apetece acercarme ya, para qué, me siento débil y estoy muy agotada de esperar el desenlace. Creo que mejor voy a tratar de relajarme y dormir. La muerte es un acto individual, amargo, siempre lo he pensado así, y no necesita de más testigos para consumarse del todo.